

rápido y eficaz, cosas ambas que subsanó la ley del *Habeas Corpus* (1). Bien hubiera querido Carlos negar su consentimiento á esta medida; pero como se proponía en aquel entonces apelar de la Cámara de los Comunes al pueblo respecto del asunto de la sucesión de la Corona, hubo de ceder, no pareciéndole prudente rechazar una ley en tan alto grado amable al país en ocasión tan crítica y difícil.

También comenzó aquel día para la prensa inglesa un período de libertad, aunque breve. Otro tiempo estuvieron muy vigilados los impresores por la Cámara Estrellada, y aun cuando el Parlamento Largo la suprimió, estableció y mantuvo la censura á pesar de las filosóficas y elocuentes observaciones de Milton. Y como al verificarse la Restauración se promulgó una ley prohibiendo la impresión de libros no autorizados, y se convino en que permaneciera vigente hasta el fin de la primera legislatura del próximo Parlamento, por esa causa, cuando el Rey suspendió las sesiones de las Cámaras, emancipó la prensa sin quererlo.

LI.

SEGUNDAS ELECCIONES GENERALES DE 1679.

Poco después de haberse suspendido las sesiones, tocó su vez á la disolución y á nueva convocatoria, llegando con esto el ardor de los contrarios al más alto grado, y estallando con extraordinaria violencia

(1) Veáanse en el Apéndice al último tomo las palabras *Habeas Corpus*.—N. del T.

el deseo de todos á favor del *bill* de exclusión, pero en tales términos que así eran eficaces á inflamar á las muchedumbres, como á poner tristeza y miedo en los partidarios discretos de la libertad, pues no solamente se atacaban por él los derechos del Duque de York, católico decidido y declarado, si que también los de sus dos hijas, protestantes sinceras y fieles. Y como esto no fuera bastante á crear una situación erizada de peligros, comenzó á decirse y afirmarse en tono confidencial que el mayor de los hijos naturales de Carlos había nacido de legítimo matrimonio y era por tanto heredero legítimo de la Corona.

LII.

POPULARIDAD DE MONMOUTH.

Antes de la Restauración, y cuando Carlos andaba peregrino por Europa, encontró en el Haya á una joven del Principado de Gales, de singular hermosura, pero no muy discreta ni honesta, llamada Lucía Walters, la cual, á poco de ser su favorita, logró persuadirlo de que presto sería madre de un hijo suyo. A ser amante suspicaz, habría tenido derecho á dudar de la paternidad que le atribuía la Walters, porque la tal dama, sobre ser cortejada de muchos, gozaba fama de ser sensible y tierna de corazón por todo extremo. Carlos, no obstante, la creyó bajo su palabra, y cobró tanto afecto al recién nacido Jacobo Crofts (nombre que se dió por entonces al niño) que parecía impropio de su fría é indiferente naturaleza. Algún tiempo después de la Restauración, Jacobo Crofts, que conti-

nuaba siendo el predilecto de Carlos, y que se había educado en Francia y recibido las enseñanzas que á la sazón se reputaban por indispensables á los caballeros de buena casa, hizo su entrada en Whitehall. Se alojó en palacio, se le dieron pajes y se le permitió disfrutar de algunas distinciones y honores hasta entonces reservados exclusivamente á los príncipes de sangre real. Cuando aun estaba en la primera juventud, lo casaron con Ana Scott, heredera de la noble familia de Buccleuch, cuyo nombre tomó con la posesión de sus inmensos bienes. Las propiedades que adquirió con este motivo no producían menos de diez mil libras esterlinas anuales, y además se le prodigaron títulos honoríficos y favores más sustanciales y prácticos que aquéllos, pues con el ducado de Monmouth, en Inglaterra, y el de Buccleuch, en Escocia, y la Jarretera, se le nombró caballero mayor, jefe del primer regimiento de Guardias de Corps, Juez supremo de la parte comprendida al Sur del Trent, y canciller de la universidad de Cambridge. Y con ser ya esto mucho, no parecía en concepto del pueblo indigno de tantas mercedes y de tan rápido encumbramiento, por ser bello y simpático, de carácter dulce y de maneras cultas y afables. Tanto fué así, que á pesar de la vida licenciosa que hacía, se atrajo la voluntad de los Puritanos; que, aun cuando se supo la parte tan activa que tomó en la emboscada contra sir John Coventry, fácilmente lo absolvió de ella el partido Nacional; que los más austeros moralistas lo disculpaban diciendo que no podía exigirse, y menos en la corte de Carlos, gran fidelidad conyugal á un hombre casado con una niña, sobre todo, teniendo en cuenta que el hombre no pasaba de ser un niño; y que los patriotas disculpaban igualmente, y del mejor grado, al calavera que, ofendido del ultraje que hicie-

ron á su padre, buscó el modo de vengarle. Y como si no fuese bastante tanta benevolencia y simpatías, hechos que realizó, dignos de loa, consiguieron borrar por completo la mancha que había echado sobre sí con sus liviandades, amoríos y pependencias callejeras. Pues cuando Carlos y Luis unieron sus armas contra Holanda, Monmouth mandó los auxiliares ingleses que fueron al continente, mostrándose tan valiente y entendido que por ello adquirió mucha honra y fama y se hizo el hombre más popular de Inglaterra, donde, merced á su origen y á su bravura, podía llegar á serlo todo, excepto rey, y acaso tampoco se antojara entonces la Corona fuera de su alcance. Sin embargo, no produjo buenas consecuencias la distinción hecha en su favor, poco juiciosamente, de que permaneciese cubierto delante del Rey, siendo aún niño, mientras que los Howard y los Seymour estaban con el sombrero en la mano; y que, al fallecimiento de los príncipes extranjeros, trajera en señal de duelo capa larga de púrpura, cosa que ningún otro súbdito, excepto el Duque de York y el príncipe Ruperto, tenía derecho á usar, pues natural cosa es que todas estas circunstancias lo condujeran á considerarse como príncipe legítimo de la casa de los Estuardos; y como por otra parte, Carlos, aun siendo entrado en años, era esclavo sumiso de sus placeres y poco cuidadoso de su dignidad, no parecía inverosímil que siendo joven hubiese contraído matrimonio secretamente con una mujer cuya hermosura lo fascinara y que no pudiera poseer sino á tan alto precio. Así fué que, mientras Monmouth era niño, y pasaba por protestante todavía el Duque de York, circuló el rumor, no sólo en el pueblo, sino en los círculos bien informados, de que S. M. contrajo matrimonio años atrás con Lucía Walters, añadiéndose con este

motivo que cualquiera en su lugar habría hecho reconocer á su hijo príncipe de Gales. Hablóse también mucho de cierto cofrecillo negro que, según la creencia general, guardaba el contrato de casamiento. Después, cuando el de Monmouth volvió de los Países Bajos rodeado de gran prestigio, y se afilió el Duque de York á una Iglesia detestada de la mayoría de la nación, se acreditó más esta historia, y no porque descansara en la prueba más leve, pues, sobre carecer de fundamento, tenía en contra la solemne declaración del Rey, formulada ante su Consejo, y comunicada por su mandato al pueblo, sino porque como siempre han sido las muchedumbres aficionadas á la novela y á las aventuras románticas, se aferraron á la fábula del matrimonio secreto y del cofrecillo negro. Algunos jefes de la oposición procedieron en aquella circunstancia del propio modo que respecto de la impostura de Oates, y acreditaron un cuento que habrían debido despreciar; y como el afecto y la simpatía de las clases populares hacia el que reputaban por campeón de la verdadera doctrina religiosa y por heredero legítimo del Trono lo sostenían los interesados en que subiera de punto, cuando Monmouth llegó á Londres de vuelta de Holanda, á media noche, mandaron los ediles á los serenos (*watchmen*) que anunciaran por calles y plazas el venturoso suceso, levantándose todos sus moradores, que luégo al punto encendieron luminarias y hogueras, echaron á vuelo las campanas é invadieron los templos. Cuando viajaba, se le recibía en los pueblos y ciudades con muy corta diferencia como al Rey, y con entusiasmo infinitamente superior á la pompa y al entusiasmo de que los Reyes eran objeto en sus viajes á través del Reino. Le daban escolta de castillo en castillo interminables cabalgadas de hidalgos y de labradores ricos armados; los

habitantes de los lugares y villas salían á su encuentro para vitorearlo, y los electores acudían en tropel á su alrededor para decirle que podía disponer de sus votos. Con esto creció tanto su vanidad, que no sólo traía en su escudo los leones de Inglaterra y las lises de Francia, sin la barra siniestra que, conforme á las leyes del blasón, debía cruzarlas en muestra del nacimiento ilegítimo, sino que aun osaba tocar á los enfermos para curarlos de tumores fríos. Ni tampoco descuidaba ninguno de cuantos medios fueran eficaces á granjearle popularidad y á conciliarle afecto y simpatías en el pueblo, pues apadrinaba á los hijos de los labriegos con la mejor voluntad, tomaba parte gustosísimo en los juegos rústicos, luchaba, tiraba el palo, y corría, ganando en las apuestas á los más ágiles, aun calzado de botas, y llevando ellos zapatos.

Merece consignarse á título de curiosidad que dos veces, en dos circunstancias memorables de la historia de Inglaterra, cometieron el mismo error los jefes del partido protestante, poniendo en peligro á causa de él patria y religión. Cuando murió Eduardo VI, no solamente opusieron lady Juana, que carecía en absoluto de legítimo derecho, á María, su enemiga, sino á la misma Isabel, verdadera esperanza de Inglaterra y de la Reforma; viéndose obligados entonces á pactar y hacer causa común los más respetables individuos de la Iglesia protestante, así como Isabel, con los católicos; y ciento treinta años después, al suponer en Monmouth parte de la oposición derechos á la corona, desconocieron y atacaron de idéntico modo, no solamente los de Jacobo, á quien consideraban con justicia por enemigo implacable del protestantismo y de las libertades constitucionales, mas también los del Príncipe y la Princesa de Orange, á quienes designaba especialmente la opinión pública por sus

cualidades personales y por su posición para ser defensores de todos los Gobiernos libres y de todas las Iglesias reformadas.

Pocos años bastaron para demostrar la insensatez de esta conducta. Y como en aquellos momentos la fuerza de la oposición consistía casi en la popularidad de Monmouth, y el resultado de las elecciones fué contrario á la corte, y se acercaba el día señalado para congregarse las Cámaras, y se hacía indispensable que Carlos se trazará una línea de conducta, y sus consejeros advertían ya los signos precursores de un cambio en la opinion pública, y esperaban que aplazando el conflicto sería del Rey la victoria, éste, sin consultar para nada el parecer de su Consejo de los Treinta, determinó de suspender el nuevo Parlamento antes de que se constituyese. Al mismo tiempo, el Duque de York, que ya estaba de regreso de Bruselas, recibió encargo de trasladarse á Escocia y de ponerse al frente de su administración.

Como se ve, habían sido abandonados los proyectos de Temple. De allí á poco se olvidaron por completo y volvió á ser el Consejo privado lo que fué en otro tiempo. Shaftesbury con sus parciales renunciaron sus puestos, y el mismo Temple, conforme á su invariable costumbre de las épocas de agitación, se recogió á su quinta para vivir tranquilo entre flores y libros. Essex dejó la junta de la Tesorería y se lanzó á la oposición; en cambio, Halifax, disgustado y no sin preocuparse mucho de la conducta violenta de sus antiguos amigos, y Sunderland, que no dejaba nunca el puesto mientras podía conservarlo, permanecieron al servicio del Rey.

A consecuencia de las dimisiones presentadas esta vez, quedó franco y expedito el camino á nueva categoría de aspirantes, comenzando entonces á figurar

en la escena política y á llamar la atención pública dos hombres de Estado que, andando el tiempo, lograron elevarse al punto más culminante que puedan llegar súbditos ingleses. Eran éstos Lawrence Hyde y Sidney Godolphin.

LIII.

LAWRENCE HYDE.

Lawrence Hyde, segundo hijo del canciller Clarendon y hermano de la primera Duquesa de York, poseía brillantes dotes, desarrolladas por la experiencia parlamentaria y la diplomacia; pero los defectos de su carácter quitaban mucho mérito á sus cualidades. Porque con ser diplomático y cortesano peritísimo, nunca supo reprimir ni ocultar sus emociones, y así, cuando ganaba en el juego de la política, era insolente y fanfarrón, y cuando perdía, su mal contenido despecho aumentaba el triunfo de sus contrarios. La más leve provocación era eficaz á encolerizarlo, y una vez fuera de sí, decía muchas palabras acerbas, que olvidaba tan luego volvía en su acuerdo, pero de las cuales se acordaban años enteros los que habían sido blanco de ellas. Por su penetración y sagacidad hubiera podido llegar á ser hombre público perfecto; pero siempre fué rémora para esto su impaciencia y el convencimiento que tuvo en toda ocasión de su capacidad. Sus escritos demuestran que poseyó algunas cualidades de orador; pero su irritabilidad le privó de los medios de ostentar estas cualidades de la manera debida en los debates parlamentarios, porque nada

era más fácil, como queda dicho, que hacerlo montar en cólera, y desde que así sucedía, quedaba por efecto de la pasión á merced de adversarios inferiores á él de todo en todo.

Al contrario de los hombres políticos de aquel tiempo, era el hijo de Clarendon invariable, altanero y vengativo; en una palabra, Caballero á la moda antigua, resuelto y decidido adalid de la Corona y de la Iglesia, y enemigo irreconciliable y sañudo de los disidentes y republicanos. No hay para qué decir, por tanto, que tenía gran número de partidarios, y que, sobre todos, el clero lo consideraba como á su paladín predilecto, y le pagaba mostrándose tolerante y benigno con sus flaquezas, que bien lo habían menester, pues era gran bebedor, y cuando estaba colérico, esto es, casi siempre, hablaba como un carretero.

Este hombre reemplazó al de Essex en la Tesorería. Bien será consignar de paso que á la sazón carecía el oficio de primer lord de la Tesorería de la importancia y dignidad que tiene ahora. Pues si entonces, cuando había lord Tesorero, este funcionario era generalmente primer ministro, cuando tuvo la Vara blanca una comisión, á su presidente no se le consideró de igual categoría que á los secretarios de Estado; que sólo comenzó á ser reputado por jefe del Ministerio el primer lord de la Tesorería desde la época de Walpole (1).

(1) Veáanse los dos interesantes *Estudios* de lord Macaulay consagrados á Horacio y á Roberto Walpole.—N. del T.

LIV.

SIDNEY GODOLPHIN.

Godolphin fué paje del Rey, y en el palacio de Whitehall adquirió desde su primera juventud la flexibilidad y el aplomo que son propios de los cortesanos encanecidos en el oficio. Y como además era laborioso, de inteligencia clara y despejada, y muy perito en asuntos de Hacienda, todos los Gobiernos hallaron en él un servidor complaciente y útil, pues no hubo en su carácter ni en sus opiniones nada que se opusiera en ningún caso á que sirviese á todos los Gobiernos. «Sidney Godolphin, decía Carlos, no es rémora nunca ni crea dificultades á nadie;» observación epigramática, pero justa, que basta para explicar el éxito extraordinario del individuo á quien se refería.

Godolphin figuró varias veces con los dos grandes partidos políticos, sin participar en ningún caso de sus pasiones, y del propio modo que la mayor parte de los hombres de carácter circunspecto y favorecidos de la fortuna, estuvo siempre dispuesto á dar su apoyo á lo existente. Detestaba las revoluciones, y por la misma causa, las contrarrevoluciones. Era su porte singularmente grave y circunspecto, pero sus costumbres frívolas y bajas, y empleaba en correr caballos, jugar á los naipes y ver reñir gallos la mayor parte del tiempo que podía sustraerse á los negocios públicos. En la comisión de la Tesorería ocupaba entonces un asiento cerca de Rochester, y se distinguía en ella por su asiduidad é inteligencia.

LV.

VIOLENCIA DE LOS PARTIDOS CON MOTIVO DEL BILL DE EXCLUSIÓN.

Un año entero trascurrió, fértil en acontecimientos y que ha dejado huellas durables en el idioma y en las costumbres de los Ingleses, antes de que se permitiera reunirse para ejercer sus funciones legislativas al nuevo Parlamento. Y como la controversia política no se había extremado nunca tanto, ni habládose con más libertad, ni gozado los círculos políticos de organización más perfecta ni de influencia tan formidable, y el asunto de la exclusión ocupaba preferentemente á cuantos vivían en Inglaterra, todas las prensas y cátedras del Reino participaban en la lucha. Sostenían éstos que la Constitución política y religiosa del Estado no podría estar nunca segura y debidamente amparada bajo un rey católico, y aquéllos que el derecho de Jacobo á la corona lo tenía de Dios, y que, por tanto, nada podían contra él, y aun menos anularlo ambas Cámaras del Parlamento. Las ciudades, los condados, los lugares y las familias participaban del malestar y agitación de la capital, y dicho se está que con esto se interrumpieron las buenas relaciones de vecindad y se relajaron hasta los vínculos más estrechos del afecto y del parentesco. ¡Qué más, si las escuelas y claustros universitarios se hallaban divididos en parcialidades y facciones enemigas! como que el Duque de York y el Conde de Shaftesbury contaban celosísimos parciales en las aulas de

Westminster y de Eton. Tampoco se mostraron entonces extraños á la lucha los teatros, pues así resonaba en ellos el clamor y los gritos de los partidos contendientes como en las otras partes del Reino, en razón á que mientras protestantes celosos ponían en escena á la papisa Juana, poetas subvencionados del Rey llenaban los prólogos y epílogos de sus obras de alabanzas á Carlos y á su hermano. Y tanto era el desórden y desconcierto del país, que los descontentos asediaban al Monarca para pedirle que luego al punto convocara las Cámaras; y los realistas para lamentarse del atrevimiento de aquellos hombres que se atrevían á dictar órdenes al Príncipe, y expresarle cuánto los aborrecían; y mientras, los ciudadanos de Londres se congregaban á miles en las plazas públicas para quemar al Papa en efigie; llegando la confusión á poner en tal cuidado al Gobierno, que para estar prevenido hizo acampar fuerzas de caballería en Temple-Bar, y artillería en los alrededores de Whitehall.

LVI.

ORIGEN DE LOS NOMBRES «WHIG» Y «TORY.»

Enriquecióse aquel año la lengua inglesa por efecto de las agitaciones políticas con dos vocablos: *mob* y *sham*, singulares recuerdos de una época de tumultos é imposturas, y que sirven desde entonces para expresar, el primero, muchedumbre ó tropel de populo, y engaño el segundo (1). Apellidóse también á

(1) North. *Examen* 231, 574.

los contrarios de la corte *Birmingham*s, *Suplicantes* y *Exclusionistas*, y á los parciales del Rey *Antibirmingham*s, *Aborrecedores* y *Presurosos* (1). Pero si bien de allí á poco se hicieron anticuadas estas denominaciones, y pasaron, comenzaron entonces á estar de moda en Inglaterra dos motes que, aplicados al principio en s6n de menosprecio, lu6go se aceptaron con orgullo, y aun hoy se usan y ostentan por los naturales del pa6s en todas partes, y durar6n tanto tiempo como la literatura nacional. Conviene advertir á t6tulo de curiosidad que uno de los apodos indicados fu6 de origen escoc6s, y el otro de origen irland6s. Porque como la detestable administraci6n de Carlos hubiera producido en Escocia 6 Irlanda juntamente gran desconcierto y perturbaci6n, por efecto de ambas cosas se levantaron cuadrillas de hombres desesperados, cuya ferocidad excitaba el entusiasmo religioso. En Escocia, varios Covenantarios, perseguidos y exaltados de la opresi6n, llegaron al extremo de asesinar al Primado, empu6aron las armas contra el Gobierno y alcanzaron ciertas ventajas sobre las fuerzas del Rey, no quedando sujetos hasta que Monmouth, á la cabeza de las tropas inglesas, los derrot6 en la puente de Bothwell. Estos fanáticos, pues, numerosos m6s principalmente hacia las tierras del Oeste y entre sus moradores, eran conocidos bajo el nombre de *Whigs*, ep6teto que se aplic6 tambi6n á los Presbiterianos fanáticos de Escocia, y que se hizo extensivo despu6s á los hombres pol6ticos ingleses contrarios á la corte y ben6volos con los disidentes. A su vez serv6an de refugio las marismas de Irlanda en aquel tiempo á unos proscritos cat6licos, muy semejantes á los que lu6go se designaron con la denomi-

(1) En ingl6s *Abhorers* y *Tantivies*.—N. del T.

naci6n de *Whiteboys*, y que á la saz6n se conoc6an bajo la de *Tories*, la cual se aplic6 en lo sucesivo á todos los Ingleses opuestos á la idea de apartar y excluir del trono al pr6ncipe por ser cat6lico romano.

La sa6a de las facciones y bandos en que se hallaba, por tanto, dividida la naci6n era grande y ruda, y aun sin est6mulos ni auxiliares y abandonados á sus propias fuerzas, habr6an subsistido, pugnando tenazmente unos con otros. Pero Luis, enemigo com6n de ambos partidos, los vigilaba cuidadoso, excit6ndolos sin cesar para que no diesen tregua ni reposo á la lucha que tanto le conven6a mantener viva, y al efecto, as6 alentaba por todos los medios imaginables á la corte como á la oposici6n, exhortando á Carlos á resistir, á Jacobo á promover la guerra civil en Escocia, y á los *whigs* á no vacilar un punto y á fiarlo todo en el apoyo de la Francia.

LVII.

REUNI6N DEL PARLAMENTO.

Empero el observador hubiera podido distinguir ya, á trav6s de tanto desorden y agitaciones, que la opini6n p6blica iba poco á poco modific6ndose, pues aun cuando no ced6a la persecuci6n contra los cat6licos romanos, no eran las sentencias inevitables como antes. Una gran muchedumbre de testigos falsos poblaba los tribunales de justicia, descollando en ella cierto p6caro llamado Dangerfield; pero aunque sus historias estaban mejor fraguadas que la de Oates, les daba el pueblo menos cr6dito. Tampoco eran los ju-

rados crédulos al modo que lo fueron durante los días aciagos que siguieron al asesinato de Godfrey, ni los jueces, que mientras duró el delirio de las masas se tornaron en serviles instrumentos de sus pasiones, se atrevían á ser ya ni aun sombra de lo que fueron.

Así las cosas, se reunió el Parlamento el mes de Octubre de 1680.

LVIII.

VÓTASE POR LA CÁMARA DE LOS COMUNES EL BILL
DE EXCLUSIÓN.

No bien se reuieron las Cámaras, como se hallaban los *whigs* en mayoría en la de los Comunes, salió el *bill* triunfante sin la menor dificultad. Con esto y la conducta del Gabinete quedó el Rey dudoso de sus ministros, no sabiendo de cuál fiarse, pues si bien Hyde permaneció fiel á sus opiniones *tories* y apoyó con firmeza la causa de la monarquía hereditaria, Godolphin, atento á su tranquilidad y persuadido de que la paz y el sosiego públicos sólo podrían obtenerse á cambio del *bill* de exclusión, mostró deseos de verlo aprobado, y Sunderland, siempre falso y míope, incapaz de distinguir los signos precursores de la próxima reacción, y ganoso de conciliarse la benevolencia del partido que suponía invencible, se atrevió á votar contra la Corte. La Duquesa de Portsmouth, presintiendo entonces una catástrofe, rogó y suplicó á su regio amante que la evitara, pero es lo cierto que si algo podía causar escrúpulos de conciencia y de honor á Carlos era el caso de la sucesión de

la Corona. Sin embargo, como estuvo vaciante un espacio, y preguntó cuánto consentirían en darle las Cámaras si cedía, y entabló negociaciones con los jefes *whigs*, llegó á creerse que se resignaría sin más resistencia, y si no sucedió así fué por efecto de la desconfianza profunda y recíproca que de antiguo existía, desarrollada y fortalecida con los años, y cuidadosamente cultivada merced á los artificios de la Francia; de donde se siguió que ninguna de las dos partes quiso ceder á la otra, y que la nación, llena de ansiedad y de zozobra, pusiera los ojos en la Cámara de los Lores.

LIX.

LO RECHAZA LA CÁMARA DE LORES.

La reunión de los Pares fué por extremo numerosa y con asistencia de S. M., discutiéndose el asunto extensa, enérgica y, á las veces, furiosamente; como que algunos llegaron al extremo de poner la mano en el puño de la espada, cual si hubieran vuelto los tiempos de aquellos Parlamentos tempestuosos de Enrique III y de Ricardo II. A Essex y Saftesbury se unió el traidor de Sunderland. Halifax quedó solo; pero aun abandonado de sus colegas de más cuenta, y teniendo que luchar con una multitud de adversarios peritísimos en lides parlamentarias, su genio dominó por completo la oposición, y defendió la causa del Duque de York en una serie de discursos tales, que muchos años después se recordaban y encarecían como dechados de lógica, de habilidad y de verdadera

elocuencia. Pues aun cuando muy raras veces logran discursos elocuentes alterar las votaciones, el testimonio de los contemporáneos no deja duda en cuanto á que las votaciones se alteraron entonces á virtud de la elocuencia del de Halifax. En cuanto á los obispos, permanecieron fieles á sus doctrinas y sostuvieron unánimes el principio del derecho hereditario. Con esto y la oratoria persuasiva del Vizconde, la Cámara desechó el *bill* por gran mayoría (1).

LX.

EJECUCIÓN DE STAFFORD.

El partido que á la sazón dominaba en la Cámara de los Comunes, mortificado por extremo con la derrota sufrida en la de los Lores, trató de tomar el

(1) Un Par, que se hallaba presente, describió el efecto que produjeron los discursos de Halifax en los siguientes términos, que merecen citarse, por no ser muy conocidos aun de los más asiduos lectores de documentos históricos:

«Los enemigos del Duque de York, dice, que apoyaban el *bill* eran hombres de poderosa elocuencia y gran talento; pero un noble lord se levantó á combatir el *bill* y aventajó á todos aquel día en elocuencia, en lógica y en razones fundadas en los intereses privados, en el honor, en la conciencia y en el decoro; alcanzando con su conducta y su talento la victoria, y dando al traste con la pericia y mala voluntad de sus adversarios y del partido.»

Estas líneas están sacadas de una Memoria de Enrique, conde de Peterborough, trascrita en el volumen titulado *Succinet Genealogies*, de Roberto Halstead, en folio, 1685. El nombre de Halstead es supuesto, y sirve para ocultar los de los autores verdaderos del libro, que fueron el mismo Conde de Peterborough y su capellán. Este libro es rarísimo, pues sólo se tiraron de él veinticuatro ejemplares, de los cuales dos pertenecen actualmente al Museo Británico, y proceden, uno de Jorge IV y otro de Mr. Grenville.

desquite y de consolarse derramando sangre de católicos romanos. Fué uno de aquellos desgraciados Guillermo Howard, vizconde de Stafford, á quien se acusó de complicidad en la conjura; y llevado á la barra, ante sus Pares, bajo el testimonio de Oates y de otros dos falsos testigos, llamados Dugdale y Tuberville, se oyó condenar á muerte por delito de alta traición. Empero las circunstancias de su proceso y de su ejecución, que habrían podido servir de útil advertimiento á los *whigs*, pasaron para ellos desapercibidas; como que una minoría fuerte y respetable de la Cámara de los Lores declaró que no era culpado el reo, y que la multitud, que algunos meses antes hubiera recibido con maldiciones y sarcasmos sangrientos las postreras protestas de las víctimas de Oates, manifestó en alta voz cuán convencida se hallaba de que la muerte de Stafford no era justicia, sino asesinato; pues cuando dijo desde el cadalso que moría inocente, la inmensa muchedumbre de los espectadores le contestó, gritando: «Lo creemos, milord. ¡El Señor os perdone!» Bastaba con esto para que un observador discreto hubiera podido predecir desde luego que sangre derramada de aquel modo atraería presto sangre también.

LXI.

ELECCIONES GENERALES DE 1681.

Así las cosas, determinó el Rey acudir de nuevo al expediente de la disolución; lo cual hizo convocando el nuevo Parlamento, que se reuniría en Oxford el mes de Marzo de 1681.